



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 39. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Octubre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de señora y niña.—Vestido con túnica.—Fichú gola Stuard.—Fichú de muselina y terciopelo.—Cuerpo Felipe III.—Dos diferentes trajes para jovencita.—Traje de señora, para casa.—Delantales para niños.—Coraza con esclavina.—Coraza adornada con plumas.—Vestido con túnica Waterproof.—Vestido cuadrillé.—Gola de encaje.—Puños correspondientes.—Sombrero de castor.—Sombrero Gertrudis.—Moña de cordones.—Moña de cinco ramales.—Peinado Rebeca.—LITE.

RATURA: Historia de una coqueta, por Adela Sanchez Cantos.—Un suspiro de dolor, poesía, por Emilia Calé y Torres de Quintero.—La cita, poesía, por R. F. Izaguirre.—Cantares, por Agustín Lobez.—El Casti- llo de Mondújar, por Francisco de P. Villa Real y Valdivia.—Un paseo por la Via Appia, por Salvador María de Fábregues.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Charadas.—Variedades.—Explicación del Figurín.

REVISTA DE MODAS.

Aunque ha tiempo parece que la Moda permanece estacionada con sus grandes tónicas y sus sombreros elevados y sin bridas, tiene cada nueva estacion su sello particular, su fisonomía propia que podrán solo desconocer los ignorantes en materia de Modas, nunca quien rinda culto á tan voluble y tiránica deidad. El cambio de la Moda este invierno es mucho más marcado que en otras épocas, y aunque no deba dejar de usarse un traje del año anterior, no se confundirá de seguro con el que acaba de hacerse, ni por su hechura ni por sus adornos.

El carácter general de los trajes de este año será la gran falda lisa y la túnica-delantal ricamente bordadas de azabache, que suben á morir debajo de la aldeta de la coraza ó chaqueta, descendiendo por detras unas puntas anchas y desiguales de largo, formando una ó dos lazadas ó caídas simplemente sobre la falda: para completar el carácter de estos nuevos trajes, la chaqueta debe ser sin mangas (coraza) y las mangas bullonadas correspondientes al vestido. Podrá ser la túnica del mismo color del vestido, pero en otra tela, como por ejemplo, el vestido faya ó terciopelo y la túnica cachemir ricamente bordada de azabache, ó podrá ser el vestido de satén ó vigoña, y la túnica de paño ó tartan escocés, en género oscuro como azul y violeta, marron y negro, esto únicamente para trajes de mañana y pocas pretensiones, porque el tartan y la franela vulgarizan al momento: por eso estas tónicas de franela no las aconsejo más que para talles esbeltos, porque el dibujo de cuadros aumenta siempre la figura, circunstancia que no deben olvidar las personas gruesas, y á personas que sean irreprochables en sus accesorios de guantes, botina, sombrero, etc., porque de lo contrario será un traje grosero en vez de distinguido: sin embargo, estas tónicas sobre falda de terciopelo inglés negro harán elegantes. También se llevará esta misma hechura en trajes de dos tonos de una sola tela, adornados con bieses, con terciopelo inglés ó con bordado de su color en tono más claro: estos vestidos merecen especial mencion, y suelen venir completos con su túnica recogida con lazos: entre las formas nuevas de vestido entero, cor-



1. A 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1. Vestido con túnica, presentado por delante. 2. Vestido para niña. 3. Vestido con túnica, presentado por detrás.

responde al nuevo carácter una falda larga y lisa, abierta sobre un delantal adornado de un volante y un gran bullon, y sostenida á los lados con dos lazos de terciopelo, unido uno á otro por un gracioso biés ó cinta perpendicular: la chaqueta baja por delante hasta media falda y sube por detras á formar una pequeña aldeta, completando el vestido cuello y vueltas de terciopelo. Otro modelo que tengo á la vista en belga diagonal de dos tonos, tiene gran delantal formado por volantes alternados de ambos colo-

res, y que suben los dos últimos á formar por detras una pequeña túnica ó postillon, cruzando sobre ellos una gran banda del tono más fuerte, que se anuda á los lados, y descienden sus puntas á reunirse en un lazo muy bajo sobre la falda lisa de atras. Como os he dicho, las grandes faldas lisas por detras serán la gran novedad, sobre todo en las telas ricas y en los vestidos de alguna pretension.

Aunque os parezca prematuro, quiero ya deciros algo de abrigos ó confecciones de invierno, porque el deber de la cronista es anticipar novedades. La forma general del paletot de invierno será corta y entallada, hechos en castor ó terciopelo y adornados con azabache, mucho azabache, piel y aun pluma; en la nueva casa que los señores *Elías, Infanzon y Compañía* han abierto en la calle del Carmen, núm. 3, he podido admirar cuantos modelos nuevos ha creado la confeccion francesa, y en ellos los hay de un gusto singular: hay tónicas y corazas de paño, verdadero abrigo sin pretensiones; paletots de castor con los delanteros prolongados, que es el gusto de la Moda actual; y paletots con grandes mangas cuadradas de un carácter tan nuevo como original. Todas estas confecciones las hay en paño y terciopelo bordadas de azabache y adornadas de piel ó de pluma, verdadero género de novedad y riqueza; debiendo citarlos muy particularmente una túnica-paletot de cachemir negro, de espalda con postillon, y solo los delanteros cuadrados y largos, completamente cubierto de azabache hasta deslumbrar la vista, y con las mangas de terciopelo adornadas con vueltas de cachemir bordado como el cuerpo de la túnica. Las hay de terciopelo con las mangas bullonadas de faya, que son tambien verdadera

novedad, y en tónicas y corazas encajadas de azabache, en vestidos bordados de azabache y de seda de su color, en telas ricas de sedería y encajes, es esta casa una de las que ostentan mejor surtido y un gusto más perfecto. Su rico *matalasée*, tela de seda acolchada en blanco, en celeste, en rosa para salidas de teatro; las mismas salidas en cachemir bordadas de colores, todo lo que ha creado la Moda, en fin, de gusto y de riqueza, se encuentra en esta casa.

Si guiendo mis detalles de actualidad, diré que para abrigos de niñas los mismos paletots explicados para las señoras, cortos de atrás, prolongados de adelante en pico ó cuadrados, son los más propios, así como las tunicas rusas, sin mangas y cerradas á un lado, que podrán hacerse de terciopelo ó paño guarnecidas de piel.

En accesorios de corbatas de pluma, limosneras, cerbatas Pompadour, cintarones y otros mil caprichos, ha sido la Moda este año más pródiga que de costumbre, y bien puede decirse que solo faltará gusto á quien se vista mal, porque aun dinero no hace falta mucho. Jamás los géneros han sido más económicos, y el gran surtido, la gran fabricacion produce telas para todas las fortunas.

Terminaré mi reseña por hoy, hablando de los trajes para casa, muy dignos de fijar nuestra atencion. La forma Princesa seguirá siendo la indispensable para batas, que se harán en cachemir, franela ó cualquiera otro tejido: la espalda formará dos aldetsa cuadradas, y debajo de ellas la falda rayada se pegará en dos grandes tablas á una cinturilla que llegará solo á los delanteros, de sola una pieza estos desde el hombro al bajo. Los adornos variarán segun la tela: en la franela y aun en el cachemir, el terciopelo inglés de su mismo color en bieses y lazos será lo más general, y algunas en cachemir tendrán todo el delantal bordado al pasado con seda de su mismo color: un modelo de este género he visto de cachemir azul claro, con bordado de seda todo el delantal, y en el centro figurando cerrar la bata un biés de cachemir sobre un plegado de raso azul á cada borde, y en el centro del biés los botones de raso y los ojales figurados con soutache: debajo de cada plegado de raso llevaba un encaje blanco y la manga con gran vuelta Luis XV, bordada y guarnecida de plegado y encaje, completaba el carácter magestuoso de esta bata, que puede ser copiada en tela y adornos más sencillos, porque ya sabeis que la elegancia no consiste en la riqueza, sino en el buen gusto.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1 y 3. *Vestido con túnica de doble pouf.*—Este traje, apropiado para teatro todavía, le presenta la primera figura de sedalina verde pavo con delantal de bullones perpendiculares, y volantes por detras y cuerpo escotado igual: la túnica, de tul negro sembrada de azabache, lleva bullon alrededor y doble pouf bajo la aldeta de la espalda. La segunda figura presenta el mismo vestido de tafetalina azul y túnica de muselina con lazos de seda del color del traje.

2. *Traje para niña.*—Vestido de alpaca, con bieses de seda y volante rosa: bieses iguales adornan la chaqueta de escote cuadrado y manga corta, completando el traje camiseta con mangas largas.

4 y 5. VESTIDOS PARA NIÑAS.

El primero es un vestido de diagonal color crudo, de falda lisa y chaqueta adornada por un plegado de la misma tela con un terciopelo negro á la pegadura. Gola y mangas interiores de muselina. Trenzas con lazos de terciopelo.

El segundo es un vestido de dos telas, la falda y mangas rayadas y la chaqueta y los adornos lisos del color de la raya: adornan la falda bullones perpendiculares y volantitos de la tela rayada, completando el traje un buen lazo con caídas debajo de la aldeta.

6. FICHÚ Y GOLA STUART.

El fichú, de faya azul mate, necesita una tira al biés de 117 cents. de largo por 11 de ancho en el centro, concluyendo en punta de los dos extremos: despues de redondear el borde exterior se rodea de un vivo ó dobladillo hacia afuera, rizando en gola el centro, y dejando las puntas lisas y reunidas bajo un lazo: la gola interior es de tul malines, doble, y las mangas del vestido con bullones y lazos.

7. FICHÚ DE MUSELINA Y TERCIOPELO.

El fondo se cubre de tul ó muselina plegada, separados los grupos de pliegues por terciopelos negros, completando el fichú una gola de tul ó muselina, y al rededor un plegado de muselina cubierto de un encaje. Cierra el fichú un lazo de terciopelo. Este fichú sería aun más lindo poniendo celeste ó rosa el terciopelo y del mismo color el plegado que va debajo del encaje.

8. CUERPO FELIPE III.

Esta hechura, que recuerda la época de los Felipes II y III, es muy apropiada para telas fuertes y sobre todo para trajes de terciopelo. El que presenta el modelo es de faya gris, cerrado por detras con trencilla de seda, y la manga bullonada hasta el codo igual al cuello, vuelta de la manga y lazos. Estos pueden ser en raso del mismo color, ó de otro que corte, como rosa ó azul. Termina el cuello alto una gola de tul y los lazos herretes de plata, lo que hace este traje característico de la época citada.

9 y 10. DELANTALES PARA NIÑOS.

El núm. 9 muestra un delantal de muselina ó percal fino, figurando cuerpo por delante la muselina plegada, que forma un cuartito postizo sujeto en el hombro y debajo del brazo como el delantero de una chaqueta: por detras el delantal va fruncido á un canesú y la falda del delantal plegada por delante y cubierta la union por el cinturón, adornado como la chaquetilla de entredós y guarnicion plegada.

El segundo es de escote cuadrado, con rico delantal de pliegues y entredoses y un jareton en el centro con botones, rodeando todo el delantero una guarnicion plegada.

11. TRAJE PARA CASA.

Vestido de tela cruda con túnica-delantal formando puntas de fichú: bieses de percal azul con orillas de percal blanco adornan el vestido á la pegadura del ancho volante de la falda, que lleva además encima por delante un bullonado y otro biés: la túnica es un delantal que se anuda por detras, descendiendo grandes caídas ribeteadas de azul, y la chaqueta la adornan grandes patas con plegado y biés: gola y vueltas de manga azules.

12. PEINADO REBECA.

Una cinta de terciopelo negro de 3 cents. de ancha adornada á los bordes con una hilera de azabache va entrelazada con la trenza y bucles del peinado y pasa dos veces por delante del cuello, subiendo á rematar enlazadas á la izquierda.

13 y 14. CORAZAS.

La forma de coraza indicada apénas y ya muy generalizada, será adornada de diferentes maneras, y estos grabados presentan dos distintos modelos.

La primera es de cachemir negro orillada de biés de seda negro, y la aldeta, en pico y abierta por detras, va adornada de botones de pasamanería: una esclavina de la misma tela y adorno la completa.

La segunda es de cachemir ó faya gris con pluma igual alrededor y cerrada con pasamanería. Puede hacerse en faya azul ó rosa, con pluma igual, para teatro.

15 y 16. TRAJES DE SEÑORA.

15. *Túnica Waterproof.*—La forma es la de una túnica cualquiera, completándola esclavina de lo mismo: puede hacerse en color azul marino con los botones de azabache. Un traje sencillo de faya negra y sombrero de castor terminan este traje sin pretensiones.

16. *Vestido cuadrillé.*—Es de una tela de lana recomendada en la revista anterior de EL CORREO, y que forma el mismo tejido un cuadrado como el de la esterilla de palma: este traje es gris con tres volantes apénas fruncidos en la falda, ribeteados de faya del mismo color. La túnica lleva un ribete más ancho, y de la misma faya es el cinturón, gola y adorno de manga. Sombrero de faya y tul perlado de azabache con cintas y plumas del color del vestido.

17 y 18. PEINADOS MOÑAS.

El peinado, bajo de atrás, vuelve á traer las moñas de distintas formas.

La núm. 17 puede hacerse con el cabello propio, que despues de atado en la parte superior de la cabeza se reparte en cinco ramales, bajo los cuales se pone un ligero crepé: con el del centro se forma una lazada lisa y con los dos de cada lado cordones para acabar de redondearla, encerrándola todo en una redecilla invisible.

La núm. 18 se compone de cordones con relleno de crepé, y lo mismo, metido dentro de una red. Esta moña es postiza y se prende al pié del peinado, ocultando la union con peine ó con un lazo de terciopelo con caídas.

19 á 21. GOLA Y PUÑOS DE ENCAJE.

Esta gola, que se hace con muselina y encaje, necesita

una tira de 2 metros de largo por 6 cents. de ancho en el centro y 2 1/2 á las puntas, orillada de puntilla y rizada á tablas, que se van sujetando en escarapela hacia fuera. Los núms. 20 y 21 muestran puños correspondientes.

22 y 23. SOMBREROS.

El núm. 22 es de castor con ancho ribete, el ala de terciopelo negro, lazadas de terciopelo, grupo de rosas y pluma de avestruz, un rizado interior blanco termina el sombrero.

El núm. 23 es de faya y terciopelo, con rizado de encaje bordado de azabache debajo del ala, y está orillada por biés de terciopelo. Lazos de faya y terciopelo y una hebilla sujetando la pluma, terminan el sombrero.

JOAQUINA BALMASEDA.



HISTORIA DE UNA COQUETA.

CARTAS Á UNA AMIGA.

(Conclusion).

“Usted decia, juró, cuando yo, cándido, le ofrecia un amor puro y sin mancha, que jamás me amaría; que se burlaría de mí como de todos; y yo juré á mi vez vengarme de V. y lo he conseguido. He logrado verla humillada, solicitando de mis ojos una mirada de amor; he alcanzado el triunfo más difícil de conseguir; doblegar la audacia de una coqueta, hacerla sentir y amar. V. me rechazó sin piedad, como á tantos otros, creyendo que todos los hombres eran como los que á V. rodeaban, y que no encontraria uno que realmente lo fuera; pero estaba usted en un error. Si la coqueta pudiera tener talento, V. debia haber temido lo que le pasó. Ha dado V. con un hombre que tiene ardiente sangre en sus venas y que ha querido vengar á la faz del mundo la afrenta que en público recibió de V. despues de haberle hecho esperar con sus sonrisas de fatal veneno. Pregunte V. al mundo por su honra, por la estimacion que ántes le dispensaba. “La honra de la coqueta, le dirá, está pendiente de un hilo que ella hace oscilar continuamente con su volubilidad; si lo han cortado, de qué te quejas? Haberla guardado mejor. Con mi profundo estudio he conseguido lo que queria, hacerla arrastrar en el cieno, vengarme, porque ha destrozado mi corazon. Todo el mundo la señala ya con el dedo, y estoy satisfecho; ahora me marchó llevando la satisfaccion de haber sido el brazo vengador de mi sexo, tan cruelmente humillado por una mujer coqueta.

Pero ántes le daré á V. un consejo. Medite en la severa leccion recibida y no vuelva V. á jugar con los hombres si no quiere exponerse á encontrar otro en su camino, que, como yo, le haga comprender que somos muy peligroso juguete. Piense V. que la mujer siempre pierde; si no, vea V. nuestro ejemplo, yo seré muy feliz, mientras V.... supongo que no; y apártese de la senda que hasta ahora ha seguido; que los hombres buscamos en la coqueta un momento de placer, nunca á la esposa que ha de hacer nuestra ventura. Por despedida he querido hacerle algun bien con estos consejos en cambio del mal que le he hecho al ejecutar y publicar mi justa venganza.”

Esta carta fué un agudo puñal para mi corazon; sus observaciones eran sábias, muy justas sus acusaciones, y al comprender toda la insensatez de mi conducta, el inmenso abismo que ella habia abierto á mis piés, mi alma se estremeció de dolor. Hubiera dado lo que me restaba de vida por volver atrás, por borrar todo lo pasado con una conducta intachable y juiciosa, pero ya era tarde; lo que queria era imposible, porque el mundo me señalaba con el dedo, y me retorcia impotente con horrible desesperacion.

En esta terrible crisis me sorprendió mi padre; la emocion me ahogaba, y se lo confesé todo. El golpe fué mortal para el pobre anciano. De una ojeada vió sobre nosotros todo el peso del ridiculo, la sonrisa insultante del mundo, el desprecio de nuestro círculo, su honra hecha girones, su ilustre nombre manchado por la asquerosa baba de los difamadores de oficio. Y llevando sus manos á la cabeza como si quisiera apartar de sí tan horrible cuadro, cayó al suelo como herido por un rayo lanzando un grito de angustia, con el que iba mezclada la palabra, te perdono.

Veinticuatro horas despues, mi padre habia muerto; yo lo maté! Esta idea destroza mi alma, oh! ¡Con qué ligereza se juzgan sin consecuencia las veleidades de una mujer coqueta!

En aqu
En la sol
el mundo
donaron,
amiga, ni
mis remo
amor, pas
mada pos
los suces
minante;
llar. A
cegada o
presentar
me esper
Ellas m
cio, su de
que nues
su dignid
débil ó p
su honra.
Ellos c
proponia
antiguos
dientes d
prender q
gera, virg
tener der
permitier
los rechad
era siemp
con una
amante s
texta, y c
frase pic
humillare
que salir
casa hum
habia pe
era impos
su mano.
perdido e
Aquí ti
hoy acud
ble. Yo
sin cariñ
A mi ard
presiones
viento. E
trarla en
imposible
mino, el
mente un
camino, J
zontes que
te deberé
que se ab
descender
auxilio de
vame, por
Adios, J
va á tu —
Julia,
bueno, el
el bien qu
labra que
que ha lle
inundado
que ha ab
buscaba; c
felicidad.
sufre y llo
“La rel
debe ser t
manto, y
divino, ter
criminales
luz divina
emocion ta
cido nunc
perior.
—Sí, ex
alma, todo
Y mi fr
cielo.
Cuando
car mis cri
mundano
zon; solo l
carne del
der para e
serenas reg

En aquellos terribles días de prueba me encontré sola. En la soberanía de la belleza sucede como en la política: el mundo da con el pie á la reina caída. Todos me abandonaron, y no tuve en mi aflicción, ni el consuelo de una amiga, ni el apoyo de un amigo. Sola con mi conciencia, mis remordimientos y el recuerdo punzante de mi único amor, pasé todo el tiempo de luto. Terminado éste y calmada por el bálsamo del tiempo, la fuerte impresión de los sucesos pasados, sentí retoñar de nuevo mi pasión dominante; reparé que aún era hermosa, que aún podía brillar. Acaso, pensé, encuentre un marido digno de mí; y cegada otra vez por mi loca vanidad, tuve la osadía de presentarme más altiva que nunca ante el mundo. Allí me esperaba otro nuevo desengaño.

Ellas me acogieron muy mal; sus miradas de desprecio, su desden al no tenderme las manos, todo me indicó que nuestra sociedad, aunque tan calumniada, conserva su dignidad y castiga con su desprecio á la mujer que débil ó pervertida, no sabe adornarse con la magestad de su honra.

Ellos celebraron con entusiasmo mi osadía porque se proponían sacar partido de ella. Me vi rodeada de mis antiguos adoradores; pero ya no eran los tímidos pretendientes de antes. Sus miradas atrevidas me hicieron comprender que ya no buscaban en mí á la niña, aunque ligera, virginal; que porque había faltado una vez creían tener derecho á todo; sus insultantes galanteos no me permitieron dudar de sus intenciones. Esto me indignó, los rechacé con mi antigua altivez, y les hice recordar que era siempre honrada; pero ellos acogieron mi declaración con una carcajada general; el nombre de un antiguo amante salió de todos los labios como documento protexta, y cada uno de ellos tuvo una palabra irónica, una frase picante. Se burlaron de mi alarde de virtud, me humillaron á coro con sus alusiones al pasado, y tuve que salir de allí con el rostro enrojecido, volviendo á mi casa humillada y escarnecida. Pasé la noche llorando; había perdido la última esperanza, había visto que me era imposible encontrar un hombre digno que me diera su mano. Cuando amaneció, me miré al espejo; había perdido en aquella noche diez años de juventud.

Aquí tienes, amiga mía, todo lo que me ha pasado; hoy acudo á tí porque me encuentro en una crisis terrible. Yo no puedo vivir así, sola, aislada, sin afecciones, sin cariño; necesito las emociones de la vida del corazón. A mi ardiente temperamento le son tan precisas las impresiones fuertes, como al pez el agua, como al ave el viento. Esa vida, Julia mía, me es ya imposible encontrarla en el cariño del hogar doméstico, ¡yo lo he hecho imposible! Solo el amor criminal se presenta en mi camino, el abismo me atrae con irresistible íman, únicamente un resto de dignidad me sostiene. Muéstrame otro camino, Julia; tú que eres tan buena descubrirás horizontes que mis cansados ojos no ven, házmelos conocer y te deberé la vida. Repara que este es el grito del alma que se ahoga; veo que mis ideas se ofuscan y me siento descender lentamente al abismo. Imploro con fervor el auxilio de la virtud. Julia, tiéndeme tu noble mano, sálvame, por piedad.

Adios, escríbeme pronto y... de nuevo te lo ruego, salva á tu —CAROLINA.

VI.

Julia, Julia mía: Dios te bendiga. Tú eres mi ángel bueno, el ángel de mi redención. El cielo te premie todo el bien que me has hecho. Oh! has pronunciado una palabra que ha derramado en mi alma un bálsamo divino, que ha llenado mi corazón de inmenso consuelo, que ha inundado mi ser de inefable ventura. Palabra mágica que ha abierto ante mis ojos los puros horizontes que buscaba; que me ha hecho ver un porvenir de inagotable felicidad. Sublime palabra, que arrojada al oído del que sufre y llora, es como la tabla para el pobre naufrago.

«La religión perdona siempre» me has dicho, «ella debe ser tu puerto de salvación; acógete bajo su augusto manto, y al par que goces los eternos placeres del amor divino, tendrás la satisfacción de arrojar de tu mente las criminales ideas que ahora te agitan.» Al leer esto, una luz divina iluminó mi mente; me sentí agitada por una emoción tan dulce y tan profunda como no la he conocido nunca; caí de rodillas impulsada por una fuerza superior.

—Sí, exclamé; á Dios dedicaré todo el fuego de mi alma, todo mi amor.

Y mi frente se inclinó, mi espíritu se elevó hasta el cielo.

Cuando me levanté estaba firmemente resuelta á trocar mis criminales ideas por las ideas ascéticas; mi amor mundano por el amor divino. Sí, Julia mía; tú tienes razón; solo la religión puede salvarme, solo ella puede sacarme del infierno en que me agitaba; solo ella tiene poder para elevar mi alma de este mundo de miserias á las serenas regiones donde moran las conciencias rectas. La

religion abre á mis ojos un nuevo mundo, me ofrece una vida nueva. Quién más indulgente que ella? ¡Quién más interesado en la regeneración del ser que ha faltado? Nadie. Dios me perdonará, sí; él me tenderá su mano y llenará con su amor mi alma ansiosa de cariño. Los placeres de la caridad me harán olvidar los goces del mundo, y en su ejercicio encontraré las emociones que buscaba. Oh! la religión no me rechazar á como el mundo! Ella no se burlará de mi arrepentimiento, ni me insultará con sus sonrisas desdeñosas, porque es fuente inagotable de consuelo, tesoro de perdón, y me recibirá con los brazos abiertos, aplaudirá mi arrepentimiento. En los brazos que solicita me abre, me arrojo, Julia. ¡Gloria á Dios que me ha inspirado tan salvadora resolución! ¡Gloria á tí, mi ángel querido, que me has sacado del borde del abismo y has hecho resonar en mi alma la sublime palabra que me salva, eterno refugio del que sufre!

En cuanto adopté la resolución de dedicarme á Dios, busqué el medio mejor de hacerlo y lo encontré enseguida. Seré Hermana de la caridad! Aquel mismo día fui á hablar con la superiora de la Orden, y todo quedó arreglado. Mañana, Julia mía, mañana uniré mis desvelos á los de las santas mujeres que se consagran al bien de la humanidad, siendo el amparo, el consuelo y la esperanza de todos los que sufren.

Me das la grata noticia de que nos veremos muy pronto; pues bien, cuando vengas me verás ya con el sublime hábito de Hermana de la caridad. Ah! si Dios no te hubiera puesto en mi camino, en vez de vestir este santo traje hubiera llegado al último escalón, al oprobio y la vergüenza.

Cuánto he sufrido! amiga mía. ¡Cuánto he llorado por mis erróneas ideas, por mis equivocadas creencias! Pensé, misero orgullo humano! que el mundo se había hecho para que yo gozara de él, y precisamente es todo lo contrario; venimos al mundo como débil piedra arrojada al mar, y traemos todos una misión que cumplir; misión más dolorosa que placentera; misión que nos proporciona mil sufrimientos por cada alegría. Terminada ésta, nuestra existencia acaba, y el pobre pigmeo que se creyó gigante al pasear su vista por la inmensidad del espacio, queda convertido en polvo. De la nada salió y en la nada se refugia; solo su alma subsiste y al elevarse á las etéreas regiones recibe el premio ó el castigo á que se haya hecho acreedor con su conducta en el mundanal consorcio. Convencidos de esta verdad, seguros de nuestra pequeñez, todos deberíamos dejarnos guiar por la mano divina que nuestros destinos traza; pero lejos de eso, nos creemos omnipotentes. Al contemplar las maravillas que nos rodean y pensar que el supremo artífice las ha creado para nuestro regalo, nos suponemos dignos de todo, y en nuestro insensato orgullo nos proclamamos reyes del mundo y buscamos ansiosos la adulación, la lisonja, todo lo que embriaga y seduce. Yo más que nadie he buscado estos goces, tú bien lo sabes, y los he encontrado; pero ellos han vertido en mi alma un veneno mortal, han destrozado mi corazón, me han arrebatado la dicha. ¡Ah, hasta que la mujer se convence de que su principal misión es la de amar y hacer comprender al hombre los puros goces del hogar doméstico, no será feliz! Amar, sí, amar siempre; soltera al padre, á la madre, al hermano; casada al esposo, al hijo; niña á sus muñecos, á sus infantiles juegos, á sus pequeñas amigas; anciana, á los tiernos frutos de sus hijos; amar todo cuanto nos rodea. ¡Hay algo más hermoso, más dulce, que más puros goces proporcione! Esta es la vida de la mujer de sentimientos; la que busca esos placeres donde yo, solo encuentro dolores, desengaños, desprecios y amarguras. Los triunfos del mundo, la agitación del baile, los encantos de los salones, satisfacen á la vanidad, halagan á los sentidos, proporcionan momentos de embriaguez; pero no dicen nada al corazón, que en tal atmósfera se seca por falta de calor. En la vida íntima, en el cariño de la familia, ahí está la dicha de la mujer.

No creas que apunto estas ideas tan solo por escribir, no tal; tú tienes una hija, un ángel hermoso, y quiero que cuando tenga edad de comprender, le des á leer estas cartas que encierran mi triste historia, con todos mis errores y arrepentimientos; tal vez le sirvan de algo. Empápala en las ideas de modestia que te han enseñado á tí; la modestia es en la mujer lo que en la flor el perfume. Por muy hermosa que sea, haz que no lo comprenda nunca; el mayor enemigo de la mujer es la conciencia de su belleza; rara es la que sabiendo que es hermosa no es fátua. Procura, sobre todo, que deteste el lujo, el deseo de brillar; esta pasión ha arrastrado á su perdición á infinitas jóvenes. Piensa que la primera educación hace gran peso en nuestra vida, y procura desde pequeña despertar su corazón al sentimiento. ¿Qué es la mujer que no siente? Lo que yo he sido por largo tiempo, una bella estatua creada para hacer la desgracia de todos los que la aman. Acostúmbrala á que vea en el hombre el apoyo de su sexo, el compañero de la mujer, no un objeto de diver-

sión, que ya ves el resultado que esto me ha dado. Con estas ideas inculcadas en su tierna inteligencia y con el ejemplo de tus virtudes, tu hija será feliz. ¡Oh, la educación hace mucho! ¡Si yo hubiera tenido una madre, mi corazón no hubiera permanecido por tanto tiempo insensible, no hubiera sufrido tanto!

Adios: ahora sí que es la última vez que te escribo; muy pronto te estrecharé entre mis brazos. Entre tanto cuenta con la eterna gratitud, con el inmenso cariño de tu Hermana en la Caridad, de tu amiga—CAROLINA.

ADELA SANCHEZ CANTOS.

SUSPIRO DE DOLOR.

A la dulcísima memoria de mi hija Consuelo, en sus días.

Triste el alma te llora
Pues vive en ella tu memoria escrita,
Y en su dolor adora
Hasta ese llanto que tu amor suscita.

Tu espíritu á mí viene
En mis horas acerbadas de tristura,
Pues el mensaje tiene
De prestarme un suspiro en la amargura.

Si en el árido suelo
Me punzan de la vida los abrojos,
Tú me envías del cielo
Las lágrimas que acuden á mis ojos:

Si el pecho amante lanza
Un gemido cruel á tu recuerdo,
Tu imagen á mí avanza
Mostrándome la fé que nunca pierdo.

Un sueño de ventura
Fué para mí tu rápida existencia;
Pero ya eterna dura
Tu dicha del Señor en la presencia.

Y mi dolor profundo,
En tí bendice al ángel de Consuelo,
Que al dejar yo este mundo,
Vuele conmigo al ámbito del cielo.

Madrid, Setiembre 1.º 1874.

EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

LA CITA.

Leyenda.

Junto á una blanca cruz de la campiña,
Al mancebo gentil, la hermosa niña
Jura su amor.

—Huérfana y triste, del cariño al fuego,
Su linda frente virginal muy luego
Pierde el color.

Cuenta febril las horas á su lado....
Parte á la guerra el infeliz soldado....
Mas no volvió!

—Y refiere la historia que allí existe,
Que de tanto llorar, la niña triste
Ciega quedó.

Y que va destrenzados los cabellos,
Vertiendo amargo llanto de sus bellos
Ojos sin luz,

Y cuando llega al término anhelante,
Ni ve la niña huérfana á su amante,
Ni vé la cruz!

R. F. IZAGUIRRE.

CANTARES.

Niña que de desengaños
Siempre me hablas afligida,
Sabes tú lo que te digo?
«Que has vivido muy deprisa.»

Tanto una mujer me quiso,
Ya me amaba tan de veras,
Que ahora me odia, me abomina,
Me aborrece y me detesta.

Ha caído!... y yo con todo
No he cesado de quererla,
¡La perla que está en el lodo,
Aunque enlodada, es aún perla!

Por tu traidora mudanza
En tí ya no tengo fé,
Pero lo que es la esperanza
Mientras viva la tendré.

De cristales naturales
Usas los lentes, Lucía:
Lucía, en esos cristales
Está tu fotografía.

AGUSTIN LOBEZ.



4. Vestido para niña.

EL CASTILLO DE MONDÚJAR.

(Conclusion).

V.

Habian trascurrido ocho años desde la muerte de Muley Hacem, y la situacion interior y exterior del reino de Granada habia cambiado por completo. Enardecido el bando de Boabdil con la muerte del rey su padre, alzóse poderoso en contra del Zagal, y despues de una lucha de cerca de tres años, entró por fin triunfante y sin obstáculos en el palacio de sus mayores. Se le reservó al Zagal una sombra de soberanía en algunos pueblos de Andalucía y Málaga, y así viéronse por fin apaciguados los bandos civiles de Granada.

Pero un enemigo más encarnizado llamaba á las puertas de la ciudad santa, y anunciaba con sus victorias la completa ruina del imperio de Alhamar. El atrevido reto de Muley iba produciendo sus efectos, y el estandarte de Castilla se alzaba ya orgulloso por los campos de Granada. Las sucesivas conquistas de Fernando é Isabel sobrecogieron de tal modo el abatido espíritu de Boabdil, que con traidora cobardía y desobedeciendo temeroso los consejos varoniles de su ma-

dre Aixa y del valiente Muza, entregó la capital de su reino á los monarcas Católicos, el 2 de Enero de 1492.

Más caballero y más digno que su padre le creia: no olvidó en las capitulaciones con los cristianos celebradas hacer más llevadera la desgraciada suerte de Zoraya y de sus hijos, á quienes nunca trató sino como cariñoso hermano. Reservóse á esta el castillo de Mondújar con sus riquísimas posesiones, y para sus hijos una dilatada y fértil region en la taa de Orgiva.

No poco agradeció Zoraya el delicado obsequio de su pasado enemigo. Quiso dar tambien las gracias de estos beneficios á la magnánima Isabel, y pasando á la ciudad para besarle las manos, desecha en llanto contó á la reina su desgraciada historia. La belleza y el singular talento de Zoraya cautivaron á los Católicos monarcas, y cariñosos la trataron, haciéndola algun tiempo permanecer en su compañía.

Era el principal objeto de los reyes, al seguir tal conducta, no solo rendir justo tributo á la desgracia, sino tambien ver de atraer á la religion cristiana aquella alma arrebatada por la pasion. Los consejos de los reyes y la prudencia del primer arzobispo de Granada, lograron tal resultado, haciendo que á los dos meses de estar Zoraya en la corte se reconciliase con sus antiguas creencias, volviendo á tomar el nombre de



6. Fichú y gola Stuard.

Isabel en el solemne acto apadrinado por los monarcas de Castilla.

Sus hijos tambien abrazaron la fé católica, tomando el apellido de la ciudad que les vió nacer, y enlazados con las más nobles casas de España, fueron ascendientes de los actuales duques de Granada.

Sin embargo, no satisfacian á Isabel de Solís las delicias de la corte, absorta su alma en el recuerdo del pasado, y sin más esperanzas ya que las que el cielo pudiera inspirarle.

Pensando que en la soledad únicamente hallaria lenitivo á sus pesares, solicitó y obtuvo de los reyes permiso para trasladarse á su retirado castillo, sin pensar siquiera que no muy tarde habia de experimentar allí el mayor de los sufrimientos. Transformó por completo el mirab en católica capilla, y al mismo tiempo que se bendecia el templo levantado en Mondújar por la piedad de los reyes, tenia la sancion religiosa el oratorio de Isabel.

Tranquila y confiada pasó poco más de un año en su solitario retiro, y hasta separada de sus hijos, que ganosos de nombre siguieron la corte de Castilla, cuando á mediados del año 1494, y apenas trascurridos dos de la conquista, se calzaron temerarios los moros de Mondújar, bajo pretexto de ser oprimidos por las justicias y solda-



5. Vestido para niña.

dos, y en son de ataque acometieron el destacamento cristiano, haciéndose despues fuertes en la nueva iglesia. No fué en vano esta precaucion, pues que sabedor Hernan Perez del Pulgar del peligro en que estaba la guarnicion de Mondújar, acomete furioso con los caballeros de su mando á aquella desenfrenada turba, que rechazándoles en la primera acometida, les hicieron encerrarse en una de las primeras casas del pueblo, donde pasaron la noche expuestos á morir, á no haber sido por el valor de Pulgar, que esperando recursos se defendió con denuedo hasta el nuevo día, en que los clarines anunciaron la llegada del socorro. Llegó este en efecto, traído por el Gran Capitan; salvaron á los heróicos cristianos, y destrozaron á los moros, que en su infernal rabia quemaron el techo de la iglesia, como aun hoy se advierte, escapando á esconder su humillacion y su vergüenza en las escabrosas crestas de Sierra Nevada.

Atónita y llena de estupor habia presenciado la infeliz Isabel la pasada refriega; desde su castillo pudo seguir los movimientos de la lucha, dispuesta á escapar hácia la sierra á la menor señal de acometida, hasta el día siguiente en que conocedora del vencimiento de los cristianos, brindó con su alojamiento á



7. Fichú de muselina y terciopelo



8. Cuerpo Felipe III.



Pl. 224.

1142

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras.

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

los esforzados capitanes Pulgar y Gonzalo de Córdoba. Presurosos fueron estos á ofrecer sus respetos á la noble dama, ganosos de conocer el ponderado palacio de los árabes: algunos de la escolta acompañaron á los jefes, y no fué pequeña la admiración y el espanto de todos, cuando al entrar la comitiva en el régio salon y apereibir Isabel á uno de los guerreros recién venido de Córdoba, desmayóse de repente, lanzando un grito penetrante y agudo.

La palidez del caballero puso á todos en deseo de conocer aquella historia misterio-



9. Delantal para niño.

sa, descifrada más tarde cuando volvió en sí la desmayada señora, y se arrojó á sus plantas el esforzado capitan Alonso de Venegas.

—¿Es posible, Isabel de mi alma, que te encuentre ahora para perderte? De qué me sirve buscarte sin cesar, si ahora despiertas á mi presencia en brazos de la muerte?

—He muerto para tí, mi prometido de otro tiempo: la edad de las ilusiones ya ha pasado, y solo queda en mi corazón un recuerdo de agradecimiento por el que tanto quise. Vé á buscar en la guerra una distracción á tus pesares, y no te acuerdes de mí sino para llorar mis desventuras.

Fué tal el decidido ademán con que la noble señora pronunció estas palabras, que el esforzado guerrero no pudo escuchar más aquel acento que tanto le enloquecía, y saliendo presuroso de la estancia donde creyó hallar su dicha, desapareció de sus compañeros, sabiéndose mucho después



11. Traje para casa.



12. Peinado Rebeca.

su desgraciada muerte, acaecida en el fragor del combate.

No consintió Pulgar que permaneciese más tiempo Isabel de Solís en el castillo. Los dolorosos recuerdos la mataban, y así, obligándole á dar el último adiós á aquel asilo misterioso de sus placeres y alegrías, la acompañó hasta la corte, yendo después á morir practicando las más esclarecidas virtudes en un pequeño pueblo de Castilla.

Pronto se dejó sentir su abandono en el castillo de Mondújar. Dado por vía de donación á guerreros sin nombre, fué sucesivamente destruyéndose por la acción del tiempo y la incuria de los hombres, quedando hoy solo de él unas derruidas murallas, para ser testigos mudos de su pasada grandeza.

Granada 7 de Julio de 1874.

F. DE P. VILLA REAL Y VALDIVIA.

Ayuntamiento de Madrid

UN PASEO POR LA VIA APPIA.

La tarde estaba hermosísima. El carruaje que me conducía con mi amigo y cicerone el amable é ilustrado baron de B..., acababa de pasar por bajo el antiquísimo arco que se llama puerta de San Sebastian. Muy pronto distinguimos á nuestra derecha la magestuosa pirámide de Cayo Cestio. Mandé parar al *Vitturino*, y nos apeamos. Nos encontrábamos en la famosa *via Appia*. Voy á consignar lo que referente á la misma supe por mi erudito guía, el cual amplió extensamente las noticias que con anterioridad tenía sobre ella.



10. Delantal para niña.

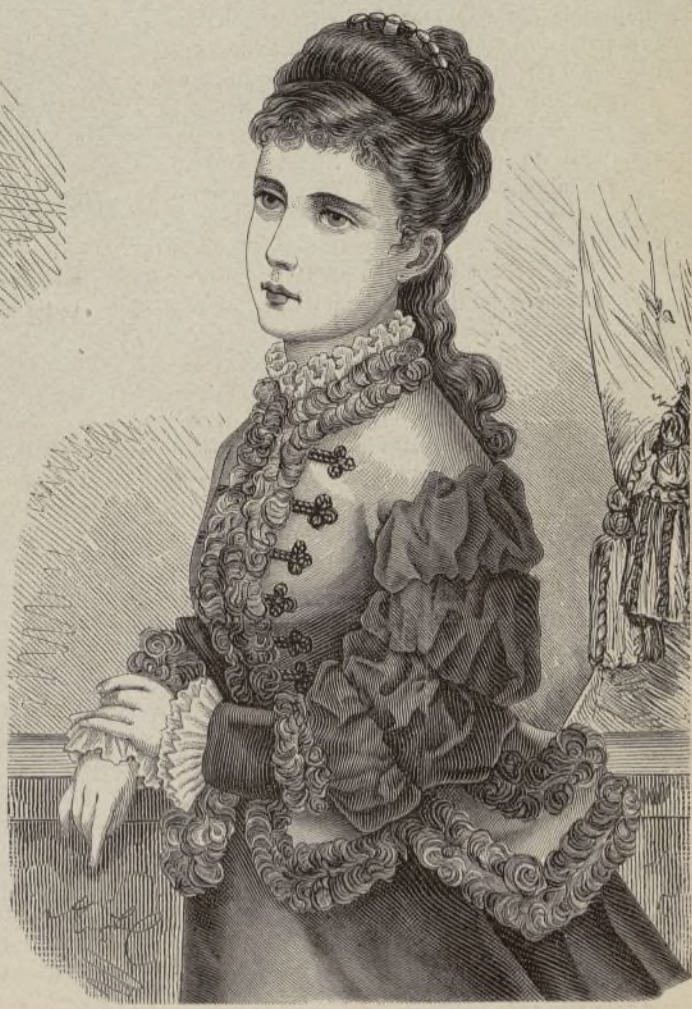
Appio Claudio *Cæcus*, uno de los dos censores que gobernaban la República Romana, durante uno de sus más brillantes periodos, en el año 442 de la fundación de Roma, fué el autor de esa creación prodigiosa en la historia del arte.

La célebre é incomparable vía empezaba en la region undécima de la ciudad, junto al circo Máximo, seguía á lo largo del valle de Egeria, llegaba al campo en donde combatieron los Horacios, atravesaba el Lacio, las lagunas Pontinas, la Campania y la Apulia, iba á concluir en el litoral de Brindis, y servía de carretera al Oriente. La extensión de su primer trozo era la de 142 millas, equivalentes á 36 leguas próximamente.

Cayo Graco, el segundo de los dos célebres hermanos, la perfeccionó mandando señalarla con piedras miliarias y resguardarla con guardacantones. En su tiempo empezaron las familias ricas y los grandes magnates á construir á ambos lados sus sepulturas, y entonces fué cuando comenzó la época de su mayor esplendor.



13. Coraza con esclavina



14. Coraza con pluma.

Hacia el siglo VI del Cristianismo, y noveno de construcción, el historiador francés Procopio, que la recorrió, asegura que su estado de conservación era el más admirable, cuando hoy que vivimos en el siglo ilustrado solo ruinas ostenta, que no tenía en los tiempos llamados de la barbarie y del vandalismo en que las invasiones eran tan frecuentes y las guerras se sucedían unas á otras. Este contraste notable, ¡á cuantas tristes reflexiones no da margen!

Lo único que á nuestra edad debe ese montón de informes ruinas que se llama via Appia, son los trabajos de reconstrucción verificados por orden del ilustrado conde Jacobini. Este hombre inteligente y probo, siendo ministro de Bellas Artes y Trabajos públicos de Pio IX, mandó practicar excavaciones, que empezaron en Diciembre de 1850 y concluyeron el 30 de Mayo del siguiente año, en una longitud de unos tres kilómetros, y por la insignificante cantidad de cuatro mil escudos romanos hizo la nivelación del terreno y la clasificación de ruinas, cuyo estudio detallado dejó á los anticuarios de todos los países, como digno pasto á su ciencia exploradora. Después de esa fecha nada más se ha hecho por otros gobiernos que se han sucedido en la dominación de Roma, apesar de que los partidos avanzados en la política opinan que el régimen teocrático representa el oscurantismo.

Desde el arco de Druso, siguiendo para San Sebastian, se encuentra la primera piedra miliaria de las puestas por Aureliano, las cuales se extienden hasta el sitio llamado los *Frattocchie* por bajo la montaña de Alba. Desde este punto el trazado de la via mide once millas, pasando por la iglesia *Domine quo vadis*, y formando una ligera curva para tocar en el oratorio del cardenal Reynaldo Pole, siguiendo en línea recta hasta la basílica de San Sebastian, en cuyo punto empiezan las excavaciones y trabajos de restauración mandados ejecutar por el conde Jacobini.

Este trayecto es sin duda el más pintoresco de cuantos recorre la via, pues está hermosado por el bosquecillo de la ninfa Egeria, y por los altos pinos del Casino Gaetani, terminando allí la zona de tierras cultivadas. Pero al dirigir la mirada al horizonte en la prolongación de la via, otro panorama de distinto orden se presenta á la vista del viajero. A la derecha se distingue la azulada línea que forma la orilla del mar; á la izquierda, en primer término, se ven las montañas de Tivoli y de Palestrina; en segundo los Apeninos Campanienses; enfrente, Frascati, Marino, Albano, Aricia, el bosque de Roca di Papa con su hermosa vegetación, la cima de Monte Calvi con su via triunfal y su convento, edificado sobre el basamento del antiguo templo de Júpiter Latial. En el centro de este hermoso cuadro se ven acueductos, torres de la Edad media, abrevaderos mandados construir por los Papas, en una palabra, hermosas y venerables ruinas más imponentes y más bellas todavía con el silencio y la soledad.

Es imposible dar una idea de la impresión que se siente recorriendo aquellos sitios. El aspecto de las excavaciones con el terreno recientemente removido, á uno y otro lado sepulcros abiertos, fragmentos de los más ricos mármoles esparcidos por allí, montones de escombros y ruinas anunciando la antigüedad. El gran número de sepulcros escombrados que se multiplican formando una estensa fila hasta perderse de vista en la longitud de la via, representan la generación actual desenterrando del polvo los restos de una civilización perdida; son la mano del sabio y del artista que señalando aquellas ruinas, dice á sus contemporáneos:—«Deteneos y contemplad lo que fué Roma.»—El espectáculo que presenta la via Appia es muy semejante al de Pompeya, con la diferencia que en la primera solo se encuentran los póstumos recuerdos de la vida, y en la otra la gloria, la felicidad y el placer fueron las postrimerías de los opulentos magnates habitantes de la ciudad que sepultó el Vesubio.

Tres clases de monumentos son los que se encuentran en la via Appia. Templos, sepulcros y ustrines (cercados construidos para quemar los cadáveres). Los primeros y últimos son en corto número; los segundos abundantísimos. Su forma y construcción presenta una gran variedad. Desde el cripto subterráneo hasta el mausoleo de tres cuerpos; se ven allí la huesa ú hoyo latino, la urna greco-latina de alabastro, el cipo del lictor de César y el nicho que contiene la estatua de mármol de Paros, de la joven matrona pompeya Aizia; todas las órdenes, todos los estilos, todos los gustos de la arquitectura antigua menos el clásico. El reproducir ó imitar las construcciones sepulcrales de la via Appia, por más que hoy constituyan un verdadero tesoro arqueológico, sería para la edad moderna la degradación del arte. Los numerosos modelos que suministran, ninguno de ellos posee esas formas correctas, esa esbeltez que caracterizaba la arquitectura romana en toda su pureza. La pirámide de Ces-

tio, el sepulcro de Cecilia Metela, son obras verdaderamente colosales en lo que representan, pues para conservar un puñado de cenizas no es menester mucho espacio; pero en cuanto á su estilo, carecen de gusto, si bien su solidez es verdaderamente indisputable.

La necrópolis de la antigua Roma contiene en su vasta extensión millares de sepulcros. Los primeros monumentos elevados en la via Appia lo fueron por las familias más ilustres de la ciudad, y á ellas pertenecieron las grandes masas de ladrillos ó piedra calcárea que atestiguan la riqueza ó la alta posición de los que las construyeron. Mas tarde, alrededor de los sepulcros aristocráticos se fueron agrupando los de sus clientes y libertos. Desde entonces la gran via de Roma, famosa y celebrada en todo el mundo conocido, fué perdiendo su primitivo esplendor por el gran número de plebeyos que construían en ella sus sepulturas al amparo de ilustres familias que fueron los primitivos y exclusivos usufructuarios.

Las investigaciones practicadas por los más distinguidos paleógrafos y filólogos de la corte pontificia, después de los primeros trabajos y excavaciones del conde Jacobini en 1850 y 51, han dado los más brillantes resultados. Por ellas se ha podido comprobar la verdad de cuanto han dicho acerca de esta célebre via los historiadores Strabon, Frontino y Stacio. En donde se encontraron inscripciones legibles, la tarea del cronologista del arte es facilísima. Por ellas se ha venido en conocimiento del nombre de una familia ó de un individuo mencionado por algun historiador de su tiempo, y ese hallazgo completo ó fija una serie de cónsules, ó esclarece una fecha controvertida hasta el día. Además de los paleógrafos, los arqueólogos, y hasta los numismáticos, encuentran en la via Appia abundante materia para sus estudios.

La via Appia es una de las páginas más elocuentes de la grandeza y poderío de Roma. En ella el viajero encuentra infinitas pruebas que testimonian esa civilización tan encomiada, con una mezcla de barbarie que los modernos declamadores encuentran perfectamente lógica en aquel tiempo cuyo perfeccionamiento social y político encarecen de tantos modos.

Ha habido viajeros que han comparado la via Appia con las catacumbas. Las catacumbas cristianas son incontestablemente de mayor extensión, de un aspecto más grandioso, más imponente, pero también se envuelven en el misterio y se esconden debajo del suelo, sin revelarse á lo exterior por ningún signo típico. Esto representa la esclavitud más absoluta, y sabido es que de las catacumbas al circo no mediaba más que un paso. Aquello era la libertad en toda su extensión dentro de la ley. Para las costumbres romanas, la via Appia representaba la apoteosis de las familias patricias: las catacumbas, el martirio de los que, considerándose más envilecidos que los esclavos, eran los verdaderos héroes de su época.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

Poco ducho era D. Serapio en el conocimiento del corazón humano, como que solo había estudiado el color de los naipes y el del vino; y por lo tanto, lejos de pretender arrancar á Doña Tiburcia su secreto, se mantuvo á su lado sin atreverse á despegar los labios, lo que visto por ella, y no pudiéndose ya contener por más tiempo, exclamó con un arranque de cólera:

—¡Hombre, más quisiera que me moliese V. á preguntas, que no que pusiera esa cara tan acontecida, que dá pena el verle! Bien veo que lleva V. razón, pues entre dos que se quieren, parece mal que ande ningún secreto.

Y así se lo revelaré, pero mediante juramento, de que no ha de revelarlo á nadie.

—Pues ya ha jurado V. por mí, atajó socarronamente D. Serapio, y entre dos que se quieren, esto basta.

—Es ¡verdad, dos cuerpos, y un solo corazóncito ardiendo! Que galante! ¡Bien se conoce que es V. quien es, que siempre se conoce al galgo por ser rabalargo!... Ea, siéntese V., y acerque su silla á la mía.... Más.... mucho más.... Timidillo!

Cuando el hidalgo se hubo puesto tan junto á la matrona que casi se tocaban, esta empezó por arrojar un suspiro enorme, tan comprimido tenía el pecho por no poder desembuchar lo que sabía, y luego prosiguió con tono misterioso, fijando sus ojillos grises en el único ojo de su interlocutor.

—¡Sabe V. por qué echaron del pueblo á D. Eusebio y le recogieron las licencias?

—Pues quién no lo sabe en la aldea? Porque aparecieron cortadas dos hojas en los libros parroquiales, la una en el registro de los casamientos, la otra en las partidas de bautismo, y como se sospechaba que ámbas debían contener documentos relativos entre sí, y de cuya desaparición pendía que una fortuna inmensa pasase á unas manos ú á otras, se cree, y con razón, que D. Eusebio fuese culpable de cohecho.

—Y si yo le dijese á V. que D. Eusebio no tuvo parte ni arte en esto; que tengo la prueba de que fué otro el que cometió el delito; que poseo además el dinero que sirvió para comprar la conciencia de quien lo llevó á cabo?

—Fué el sacristan? preguntó el hidalgo.

Doña Tiburcia, por única respuesta, sacó del bolsillo un papel amarillento y un bolsillo lleno de oro.

Amparóse el hidalgo del segundo, lo entreabrió con mano febril, y casi experimentó un vértigo al ver el brillo que despedían las relucientes monedas. Y como no se atrevía á contarlas, contentóse con acariciar el bolsillo, procurando adivinar por el tacto si eran muchas ó pocas.

—Jesús, Jesús! siguió entre tanto diciendo Doña Tiburcia, dando suelta á su lengua, ¿quién había de imaginar semejante cosa? Pobre Isabel que se murió de vergüenza y estaba casada! Y sus hijos? En dónde estarán sus hijos! Quizás andarán por el mundo desnudos, descalzos y pidiendo limosna! Por fortuna que este papel reza en donde están, y así que lo sepa mi amo no perderá un momento por ir á buscarlos y volverlos lo que es suyo!

Pobrecitos de mi alma! Voy ahora mismo á decirselo, que aunque esté durmiendo se holgará de que le despierte con semejante noticia.

Hizo ademán de levantarse, pero D. Serapio la cogió bruscamente por el brazo. En su fisonomía contraída había algo de extraño; había algo de extraño y diabólico en el brillo que despedía su único ojo.

—Jesús! qué tiene V. exclamó Doña Tiburcia asombrada.

—Y por qué se lo quiere V. decir á D. Julian? balbuceó el hidalgo con voz ronca, ¿qué necesidad tiene V. de ir á contarle esas viejas historias? Esa Isabel ha muerto, los niños ya se habrán arreglado, ¿qué le importa á V. todo esto?

—Qué quiere V. decir! exclamó Doña Tiburcia desconcertada.

—Pues es muy sencillo: suponga V. que no ha ido á casa del sacristan y que por lo tanto nada la ha dicho; suponga V. que este bolsillo se lo ha encontrado en la calle, y que como ya no tiene dueño se lo guarda.

—Hombre, hombre, por Dios, replicó la matrona, verdaderamente escandalizada; qué me está V. ahí diciendo? Suponga V. que he jurado sobre el bendito crucifijo decirselo á D. Julian y entregarle este papel; supóngase usted que yo quería mucho á Isabel y por ende á sus hijos, que hay un bribón á quien se debe quitar la máscara y....

—Suponga V., interrumpió el hidalgo con el tono más agradable que pudo, suponga V. que yo la amo, que deseo ser su marido, que no poseo bienes de fortuna, y que con este dinero podemos comprar unas tierrecitas que nos produzcan una renta decente y vivir en paz y en gracia de Dios como dos santos.

El sacristan se ha muerto, los huérfanos, como he dicho antes, ya se habrán arreglado, que todos se arreglan como pueden en el mundo y ya habrán olvidado su deshonra, que todo también se olvida en este mundo.

Deje V. que lo hecho esté hecho, y seamos felices nosotros, que es lo que más importa.

Doña Tiburcia estaba de color de púrpura, y sus ojos parecían dos carbunclos.

Aquella perspectiva de un bienestar jamás imaginado, aquella proposición de un delito tan poco en armonía con su conciencia, que era á la verdad algo timorata, todo producía en ella una especie de vértigo, y no sabía darse cuenta de si dormía ó estaba despierta.

—Pero yo se lo he jurado! exclamó de repente, ¿cómo quiere V. que falte á mi juramento?

—Quién lo ha oído?

—Dios!

D. Serapio no respondió.

Se levantó y empezó á pasearse por el aposento con una agitación indecible, estrujando entre sus manos el bolsillo y el papel, del cual también se había apoderado.

Al cabo de algunos paseos se detuvo delante de Doña Tiburcia, y la dijo con tono afectuoso:

—Está V. muy pálida! se va V. á poner mala. ¿Quiere usted que llame á Inés y la mande traer el chocolate?

Doña Tiburcia se quedó estupefacta al oír una proposición semejante en circunstancias tales.

Pero el hidalgo no la dió tiempo para contestar, guardó el dinero y el papel en la alacena, llamó á Inés para que trajese el chocolate, y una vez que ésta lo hubo servido sobre un pequeño velador, se sentó al lado de Doña Tiburcia y empezó á zarandearla.

No habló á la contristada matrona ni del sacristan ni de su confesion; la habló de su amor, de la felicidad que les aguardaba, de las viñas y olivares que comprarian, y hasta de los hijos, que no podian tener, siendo los dos unos vejesterios.

Su táctica debió ser muy buena y mucha su elocuencia, por cuanto Doña Tiburcia acabó por decir:

—Con un gran pecado quiere V. que cargue mi conciencia; pero la mujer está obligada á obedecer á su marido y V. casi lo es....

—Ya lo creo, paloma mia, replicó vivamente el hidalgo, el domingo las amonestaciones, y dentro de ocho dias estamos casados....

—Amen! suspiró la matrona con un tono de beatitud indecible.

En aquel momento resonaron las pisadas de un caballo que se acercaba al trote.

—Quién puede ser á semejantes horas? exclamó Doña Tiburcia.

—Qué nos importa? dijo el hidalgo, á quien nada interesaba fuera del precioso taleguillo.

Pero la curiosidad era una pasion tan instintiva y tan vehemente en Doña Tiburcia, que sin más reflexiones se abalanzó á la ventana y la abrió de par en par.

Habia cesado la lluvia, y aun la luna mostraba su amarillenta faz por en medio de negros nubarrones; pero el aire, una vez desencadenado y libre, no habia querido volver á sus oscuros antros, y una de sus ráfagas, penetrando en el aposento al hallar un boquete abierto, se ensañó de nuevo con la luz del inofensivo velon.

—¡Pronto, D. Serapio, pronto, exclamó la matrona, vuelva V. á encender para que veamos quién es!

Pero mientras el hidalgo buscaba los fósforos, el ginete pasó por debajo de la ventana.

—Eh, caballero, eh, buen hombre! gritó Doña Tiburcia desesperada al ver que se le escapaba el objeto de su curiosidad.

El ginete se detuvo.

—Busca V. posada? prosiguió Doña Tiburcia. Pues ahí, al revolver de esta calle hay la del Gallo amarillo. Pero estará cerrada. Llame V. y diga que va de parte del ama de D. Julian.

—Pues cabalmente á su casa venia, replicó el desconocido, solo que como la noche está tan oscura, habia pasado por delante de la puerta sin apercibirla.

—Si desea V. ver al señor cura, vuelva V. mañana, que ahora está recogido.

—No le hace, repuso el viajero acercándose tanto á la ventana, que su aliento dió en el rostro de Doña Tiburcia. A quien yo quiero hablar es á V., y V. está levantada!

—A mí! exclamó con asombro la matrona.

—Pero no en la calle, se apresuró á decir el desconocido con aire misterioso, sino en su casa. Es preciso que estemos solos. Tenemos que hablar de cosas reservadas.

—Solos, no! replicó Doña Tiburcia, fijando en él una mirada recelosa. Si quiere V. entrar entre V., pero está conmigo un caballero que es cual otro yo, pues dentro de ocho dias debemos estar casados.

Quedó indeciso el forastero sobre el partido que debia tomar, mientras el hidalgo tiraba del vestido á Doña Tiburcia, diciéndola por lo bajo:

—Por qué diablos quiere V. meter aquí á ese hombre?

Pero la curiosidad de Doña Tiburcia pasaba por encima de todas las cosas de este mundo, y así, sin hacer caso de las insinuaciones de su futuro esposo, y viendo que el desconocido descendia del caballo y ataba las bridas á los hierros de la ventana, fué á abrir quedito la puerta, y le introdujo en el aposento.

Aunque era escasa la luz que esparcia el velon, el forastero y el hidalgo parecieron reconocerse y cruzaron entre sí una mirada recelosa é indagadora.

En cuanto á Doña Tiburcia, con su instinto de mujer, habia adivinado que el que tenia delante de sí era el misterioso personaje á quien apellidaban el diablo, y su imaginacion excitada con las escenas precedentes, acariciaba otras más maravillosas todavia.

Sin embargo, tuvo bastante prudencia para no preguntar y aguardar á ser interrogada.

El recién llegado, que no era otro que Simeon, paseaba su inquieta mirada de Doña Tiburcia á D. Serapio, no sabiendo qué hacer, hasta que tomando por último resueltamente su partido, dijo á la matrona:

—Vengo de casa del sacristan. El pobre está bien muerto; pero las mujeres que le amortajan me han dicho que V. habia asistido á su agonía y habia recogido su herencia.

Doña Tiburcia y D. Serapio se pusieron pálidos á la vez, y ámbos bajaron los ojos ante la mirada fria é inquisitorial de Simeon.

Este prosiguió con voz lenta y pausada:

—Me han dicho que la han visto á V. perfectamente

descosier el jergon y sacar un papel y un bolso de dinero;

—Oiga V., dijo el hidalgo vivamente alarmado con la idea de perder el botin en el cual fundaba sus más bellas esperanzas, las comadres podrán charlar cuanto se las antoje, aunque de suponer á probar va mucha diferencia; pero á V., quién le da cartas en este juego?

—Todo el mundo sabe que el sacristan no tuvo más amigo que yo, y que yo era el depositario de todos sus secretos.

—Oiga V., repitió el hidalgo con tono de triunfo, acordándose repentinamente de la historia contada por Doña Tiburcia, en la cual no habia fijado la atencion, y sospechando que podia sacar mucho partido del papel guardado en la alacena; oiga V., dinero no ha encontrado esta señora, porque el dinero no tiene señas particulares, estamos? y adivina quien te dió; pero lo que si ha encontrado es un papel muy cuco, por el que V. sin duda daria un ojo de la cara. Pero amigo, este papel está en su poder, ó por mejor decir en mi poder.... ¡Toma, si le he conocido á V. así que entró! Bien adivino ahora por donde anda el carro, bien sé que el sacristan no tenia otro amigo más íntimo que V., porque hay lazos que aunque se quiera no se pue len cortar de una tijeretada.

Hablemos claros, D. Simeon. Quiere V. el papel? ¡Vive Dios, que si lo quiere V. lo ha de pagar bien caro!

—A esto únicamente he venido, dijo Simeon.

Su voz no era tan segura ni tan arrogante como al principio, pues se veia frente á frente á un enemigo mucho más formidable de lo que se habia imaginado.

—De parte de V. están las ventajas, repuso, impóngame V. sus condiciones.

El hidalgo se rascó la oreja, porque á la verdad no sabia muy bien de lo que se trataba, mientras Doña Tiburcia murmuraba en voz baja:

—Es particular! Yo conozco esta cara...

—Oiga V., repitió por fin el hidalgo, que este era su estribillo favorito cuando hablaba con calor. Esta señora ha jurado sobre el santo crucifijo entregar sin demora el papel á D. Julian; por otra parte, si mañana por cualquier carambola se descubre que se lo ha guardado, ó lo que es peor, que lo ha vendido, no lo pasará muy bien con respecto á los tribunales. Luego incurre en dos delitos y se hace acreedora á dos castigos; el de arriba y el de abajo; y yo por ende, pues soy su instigador y por tanto vengo á ser su cómplice. Qué tal? me explico?

El hidalgo sudaba á mares con el trabajo que tenia que hacer su imaginacion para sacar esta lógica irrefutable.

—Pues bien, prosiguió, justo es que la ganancia no sea floja, y así, si me cuenta V. cuatro mil duros una moneda sobre otra, le doy sin rechistar el papelote.

—Usted está loco! exclamó Simeon. Pues qué, ¿V. que tantas cosas sabe y no sabe V. que ni yo he perpetrado el delito ni soy el heredero?

—Pero sé, interrumpió el hidalgo vivamente, que usted tiene un empeño singular en que desaparezca ese papel, sea cualquiera la causa que le mueva á ello. A no ser así, no hubiera V. venido tan á deshora á llamar á esta puerta. Además, sé que ese documento, ó lo que sea, de vuelve su fortuna y su apellido á unos huérfanos desposeídos, y que como en el escrito constan, segun me ha dicho ántes esta señora, quiénes son y en dónde están, no tengo que hacer más que ir derecho á ellos, para que me concedan lo que V. me niega. Y en ese caso ni gravaré mi conciencia con un enorme pecado, ni mañana tendrá que hacer conmigo la justicia. Estamos? Conque sí ó no, lo que V. quiera.

—Y si no poseo esa suma por el momento? dijo con visible ansiedad Simeon.

—Entonces no hay nada de lo dicho.

—Pero si me entrega V. ese papel, puedo tenerla mañana mismo y darle la suma que me pide triplicada....

—Buenas noches.

—Escuche V.

—Repito que no quiero cuentas ni con Dios ni con la justicia. Y además, ¿quién me asegura que mañana tendrá lo que no tiene hoy?

—Doña Tiburcia, dijo Simeon con aplomo.

—Yo! exclamó la matrona, dejando caer la caja de rapé que tenia abierta entre las manos.

—Usted conocia á Doña Ruperta, prosiguió Simeon en voz tan baja que parecia un murmullo.

Usted habrá oido como yo, como todos los habitantes de Inestrillas, que nada valian sus campos, sus viñas, sus bosques, con el tesoro que tenia escondido, enterrado debajo de la tierra; V. habrá oido contar como yo la historia de aquel viejo tio, intendente de Filipinas, que llegó allí trayendo consigo tanto oro, plata, diamantes y rubies, que no bastaron once acémilas á trasportar la carga. A V. como á mí, la habrán adormecido, cuando niña, contándole esa historia y pintándole los rios de oro y piedras preciosas que entraron en la casa.

El tio murió allí poco de llegar: no tenia herederos: qué se han hecho estas riquezas?

Doña Ruperta vivia con suma estrechez... los sobrinos nada han encontrado.... Pero todos en Inestrillas creen que el tesoro existe y yo lo sé de cierto....

Doña Tiburcia se levantó rápidamente, cogió el velon y se lo puso delante de los ojos.

(Se continuará).

Nuevas soluciones de la charada inserta en el número 35 de EL CORREO correspondiente al 18 de Setiembre, por las señoritas doña Francisca Rocafort y doña Dolores Burcet, de Marin; doña Rosa Valls y Pi, de Barcelona; doña Veremunda García, de Castro; doña Ramona Urbina, de Valencia; doña Dolores Santiago, de Sevilla; doña Urbana Salcedo, de Lugo, y la siguiente en verso.

Con el gas la noche es día;
Con el trono hay esplendor;
Con el mono hay alegría,
Y el gastrónomo da horror.

EL BARON DEL SACRO LIRIO.

Velez-Rubio 21 Setiembre 74.

Soluciones á la charada inserta en el núm. 37 de EL CORREO correspondiente al 2 de Octubre, por las señoritas doña Francisca Lorea y Monente, de Madrid; doña Martina Gallego, de Castrodeza; doña Agustina Vides, de Santander; doña Bernarda Apodaca, de Córdoba; doña Clementina Vicente, de Valencia; doña Pascuala Genovés, de Zaragoza; doña Dolores Garrido, vinda de Orozco, de Jaen; D. Clemente Paterna, de Santa Cruz; D. Antonio Maria Lopez y Ramajo, de Madrid; D. Baltasar de Acuña, de Madrid, y D. Salvador Santurce, de Oviedo.

AVELLANEDA.

CHARADAS.

I.

A principios de este siglo,
Si mi memoria no yerra,
Teníamos en España
Una institucion muy buena;
Pero como el voraz tiempo
Nada en el mundo respeta,
Ya solo de que ha existido
Casi un recuerdo nos queda.
Llamábase prima y dos,
Y lo digo con franqueza,
Por diferentes motivos
Me alegrára que hoy la hubiera,
Cuales son puede inferirse,
Yo prosigo mi tarea,
Combinando tres y dos,
Que es una planta muy vieja,
Y tanto, que es opinion
Que brotó sobre la tierra
Antes que del paraíso
Fuesen dueños Adán y Eva.
La tercera con la cuarta
Es precisa en las iglesias
De católicos cristianos,
Y en las de las varias sectas
Que nos traen trastornadas
Nuestras débiles cabezas.
El todo es un adjetivo
Que califica y presenta
Como son ciertas personas
Astutas y sin vergüenza,
Que en el mundo nunca faltan,
Y, que por desgracia nuestra
Léjos de disminuir
De día en día se aumentan.

GERÓNIMO COUDER.

II.

Orillas del mar sentado
con mi caña de pescar,
gozaba yo cierto día
viendo venir á picar
el cebo de los anzuelos
de dos y prima un millar,
que nadaban presurosos
y agitaban sin cesar
sus aletas de colores
bajo las ondas del mar.
Con poético artificio
quise el caso relatar
pidiendo prima y tercera
a las Musas; y al tratar
de escribir el primer verso,
un todo á mí ví llegar
tan espantoso y de forma
que me tuve que marchar,
tirando caña y anzuelos
y con un miedo cervical.

J. LL. Y S. DEL R.

Madrid 1.º de Agosto 1874.

CONSEJOS.

PARA REFORMAR LOS TRAJES Y LOS ABRIGOS.

(Continuacion).

Hay otras mil maneras á cual más ingeniosas para reformar las túnicas, y bien podríamos llenar muchas columnas pero las omitiremos en obsequio á la brevedad, dejando estas combinaciones al buen gusto de mis lectoras. La moda de hacer el chaleco, el cuello y las mangas de tela diferente favorecen estas combinaciones cuidando sin embargo mucho de



17. Moña de cinco ramales.

que la combinacion no resulte charra y que se eche de ver que es compostura.

* *

Para reformar los paletots de terciopelo se cortan de nuevo sobre un patron de dolman; para reformar las chaquetas se cortan sobre un patron de cuerpo de coraza ó chaqueta parissien sin mangas, cubriéndolos completamente con cuentas de azabache ó acero.

* *

En cuanto á los sombreros se empieza por utilizar los de fieltro del año anterior, para lo cual se les quita los adornos y se dan á limpiar y á poner de nuevo sobre el molde. Durante este tiempo se rehacen los lazos, se tiñen ó se mandan teñir y arreglar las plumas y los adornos, pasando despues á guarnecerlos de moda.

Los de terciopelo se deshacen completamente, se cepillan, se cambia el forro de la pasa y del fondo, así como las bridas, se vuelve á armar y se adorna otra vez. Las plumas de avestruz, si es necesario, despues de quitarlas el polvo con un cepillo suave, se rizan pasándolas por la hoja de un cuchillo de cortar papel cada barba de por sí. Este trabajo se hace teniendo la pluma encima de un vaso lleno de agua hirviendo cuyo vapor suba hasta la pluma. Despues de rizada puede plancharse ligeramente

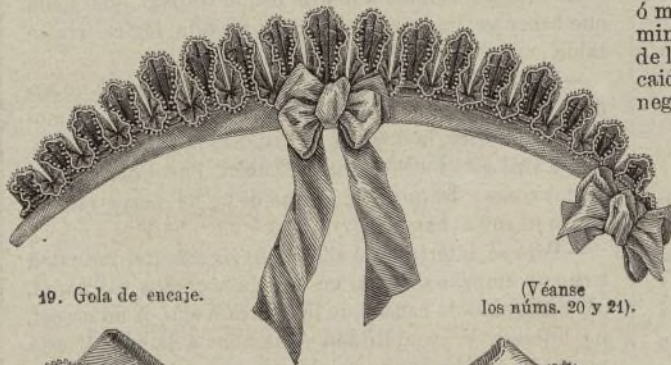


22. Sombrero de castor.



15. Vestido con túnica Waterproof.

16. Vestido cuadrillé.



19. Gola de encaje.

(Véanse los núms. 20 y 21).



20. Paño correspondiente á la gola núm. 19.



21. Paño correspondiente á la gola núm. 19.

colocando un paño bajo la plancha, á fin de dar consistencia á los rizos. Cuando han perdido el color se hacen teñir antes. En cuanto á las flores, se disimulan si están ajadas cubriéndolas á medias con un encaje.

(Se continuará).

COLA PARA PEGAR LA PORCELANA Y LA PIEDRA.

Es muy económico, y tan fácil de preparar como aplicar, el cemento que sigue, indicado por el eminente químico francés monsieur Pelouze.

Se toma una disolucion bastante concentrada de cola de pescado en agua á la cual se añade un poco de espíritu de vino y de goma amoníaco, hasta formar una pasta muy líquida.

Con una espátula de palo se aplica la cola sobre las superficies que se quieren pegar, se aprietan bien estas, y se deja secar.

* *

CASAS DE PAJA.

Un inglés ha construido en

New-Hampton casas de paja, que, atendido el precio de 2.150 francos (8.170 reales), pueden ser de gran utilidad para la gente del campo. Para construirlas se comprime la paja formando baldosas, se las hace incombustibles sumergiéndolas en una disolucion de silicato de potasa, y se les cubre de un cemento particular. Así su construccion es ligera, las juntas pueden ser en menor número, y si á esto se añade el grueso que pueden tener las paredes, pueden ser á propósito en los países muy frios. La chimenea está construida de manera que guarde el calor, lo que contribuye á que sea me-



18. Moña de cordones.

nor la cantidad de combustible que se quema para los usos domésticos.

Explicacion del Figurin 1142.

FIG. 1.ª Traje de teatro ó sociedad para jovencita. — Vestido de seda á rayas rosa y blanco, adornada la falda con tres volantes al biés cabecados y ribeteados de gos-grain rosa con dos bieses encima de lo mismo. Túnica de tul ó muselina, sembrada de cuentas de cristal blanco y terminada con festones bordados con las cuentas. Berta, lazos de las mangas y de los hombros, cinturón echarpe con largas caidas adornadas de fleco, cintas del cabello, rosa, y collar negro con cruz negra.

FIG. 2.ª Traje de señora para recibir visitas. — Vestido de reps de lana gris pizarra, adornada la falda con ancho volante tableado, ribeteado de seda azul y dos bullones de seda azul entre otros dos de la tela. Túnica de novedad que forma un solo pico por delante completamente bordada de azul, como asimismo la chaqueta que cierra con grandes botones azules. Gola y mangas de encaje. Corbata y lazo en el cabello, rosa.



23. Sombrero Gertrudis

22. Sombrero de castor.

Las Eas. Suscritoras á la 1.ª y 4.ª Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y las de 1.ª 3.ª y 4.ª el pliego de dibujos.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C. Dr. Ponce de León (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.

15 de Octubre de 1874.

DERECHO.

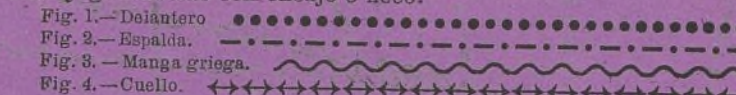
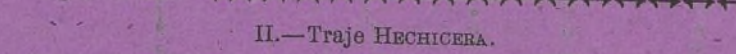
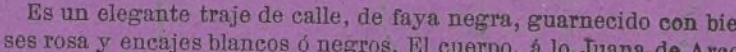
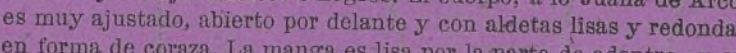
- Núm. 1.—Cenefa bordada á la inglesa para guarnecer ropa blanca, como enaguas, peñadores, etc.
 Núm. 2.—Cenefa bordada á la inglesa para adornar vestidos.
 Núm. 3.—Cubierta para paño de caliz con los Sagrados Corazones de Jesus y Maria en el centro.
 Núm. 4.—Dibajo para zapatillas, bordado á cordoncillo, pasado y punto ruso.
 Núm. 5 á 7.—Botita para niño pequeño, bordado sobre piqué á souteche ó cadeneta. El número 7 da el patron de la planchilla.
 Núm. 8.—Resaca de pañuelo bordado á feston y plumetis.
 Núm. 9.—Ramo bordado al pasado con seda de colores sobre paño, para adornar muebles.
 Núm. 10.—Cenefa, bordada al minuto, para ropa blanca.
 Núm. 11.—Cifra para marcar servilletas.
 Núm. 12.—Cifra para tohallas; plumetis y bodeques.
 Núm. 13.—Cifra para pañuelos; plumetis y punto de armas.
 Núm. 14.—D E R enlazadas.
 Núm. 15.—La letra V adornada con un pájaro.
 Núm. 16.—Las letras D M grandes, para sábanas.
 Núm. 17.—Las letras D M iguales y más pequeñas, para almohadones.

REVES.

Explicación de 2 patrones de novedad para traje de invierno.

I.—Abrigo PALESTRO.


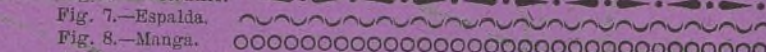
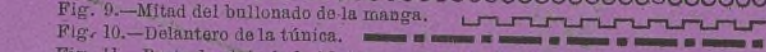
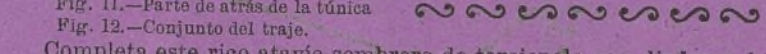
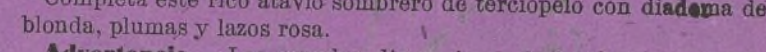
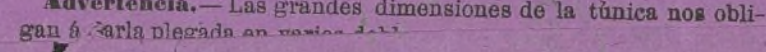
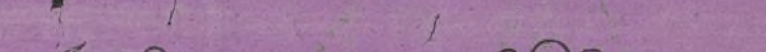

Se hace de paño, castor ó terciopelo, ricamente bordado de azabaches y guarnecido con encaje á fleco.

- Fig. 1.—Delantero. 
 Fig. 2.—Borla. 
 Fig. 3.—Manga gringa. 
 Fig. 4.—Cuello. 

II.—Traje HICHERA.

Es un elegante traje de calle, de faya negra, guarnecido con biéses rosa y encajes blancos ó negros. El cuerpo, á lo Juana de Arco, es muy ajustado, abierto por delante y con aldetas lisas y redondas en forma de coraza. La manga es lisa por la parte de adentro, y en la del codo contiene cinco bulonados que van marcados por los signos X. Cada bulonado queda separado por un biés rosa. La parte inferior del cuerpo está guarnecida con un biés rosa y encaje negro ó blanco. La túnica es redonda por delante y plegada en los costados, como marcan los signos • 1, • 1.

La falda de atrás forma pouf, sostenido por una echarpe de faya rosa forrada de negro. Se hacen los pliegues en donde marcan los signos indicados, y luego se pega sobre el delantero. Por arriba va fruncida y moñada á una cintura.

- Fig. 5.—Delantero del cuerpo. 
 Fig. 6.—Costado. 
 Fig. 7.—Borla. 
 Fig. 8.—Manga. 
 Fig. 9.—Mitad del bulonado de la manga. 
 Fig. 10.—Delantero de la túnica. 
 Fig. 11.—Parte de atrás de la túnica. 
 Fig. 12.—Conjunto del traje. 

Completos este rico atavío sombrero de terciopelo con diadema de blonda, plumas y lazos rosa.

Advertencia.—Las grandes dimensiones de la túnica nos obligan áarla plegada en su parte de atrás.

WENCESLA

DERECHO

EL

REVES

DERECHO

REVES

DERECHO

REVES

DERECHO

REVES

DERECHO

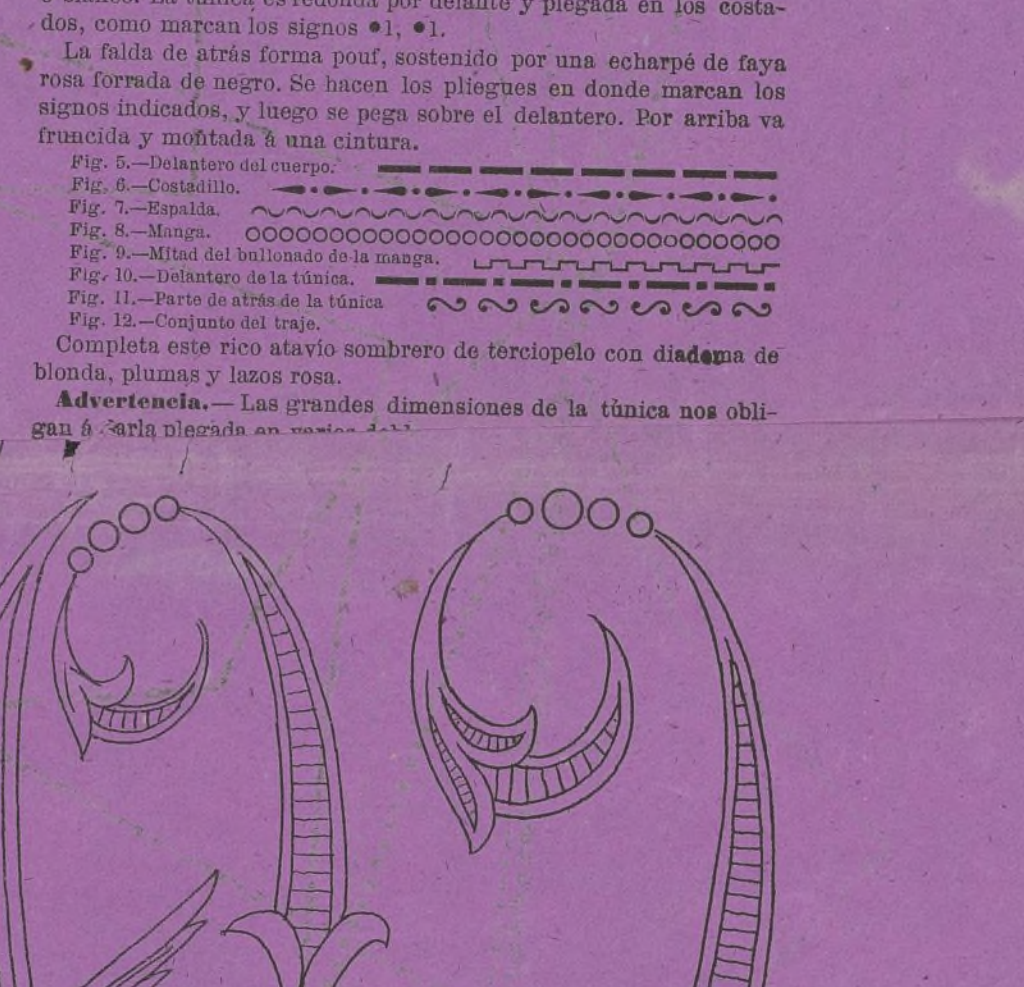
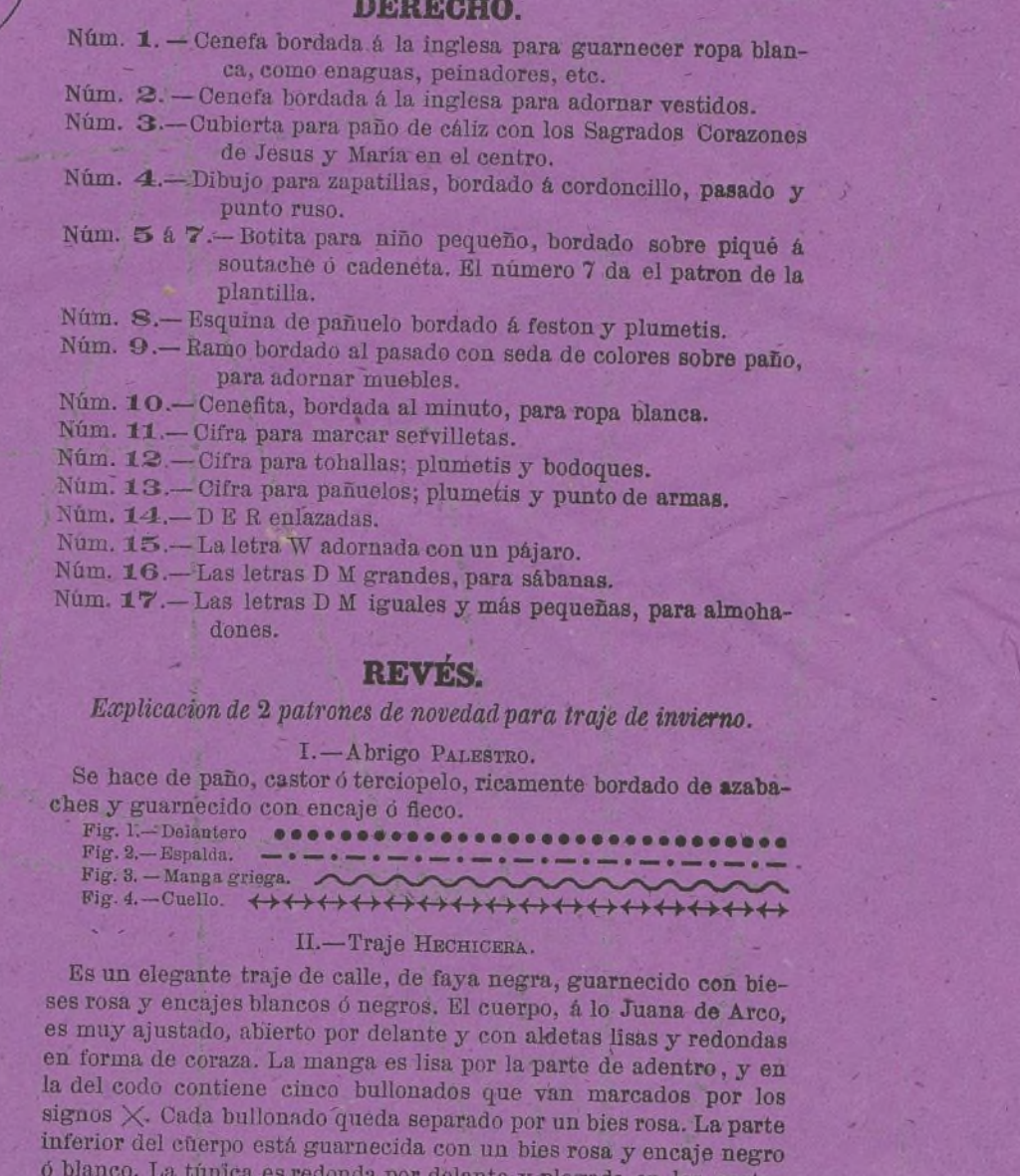
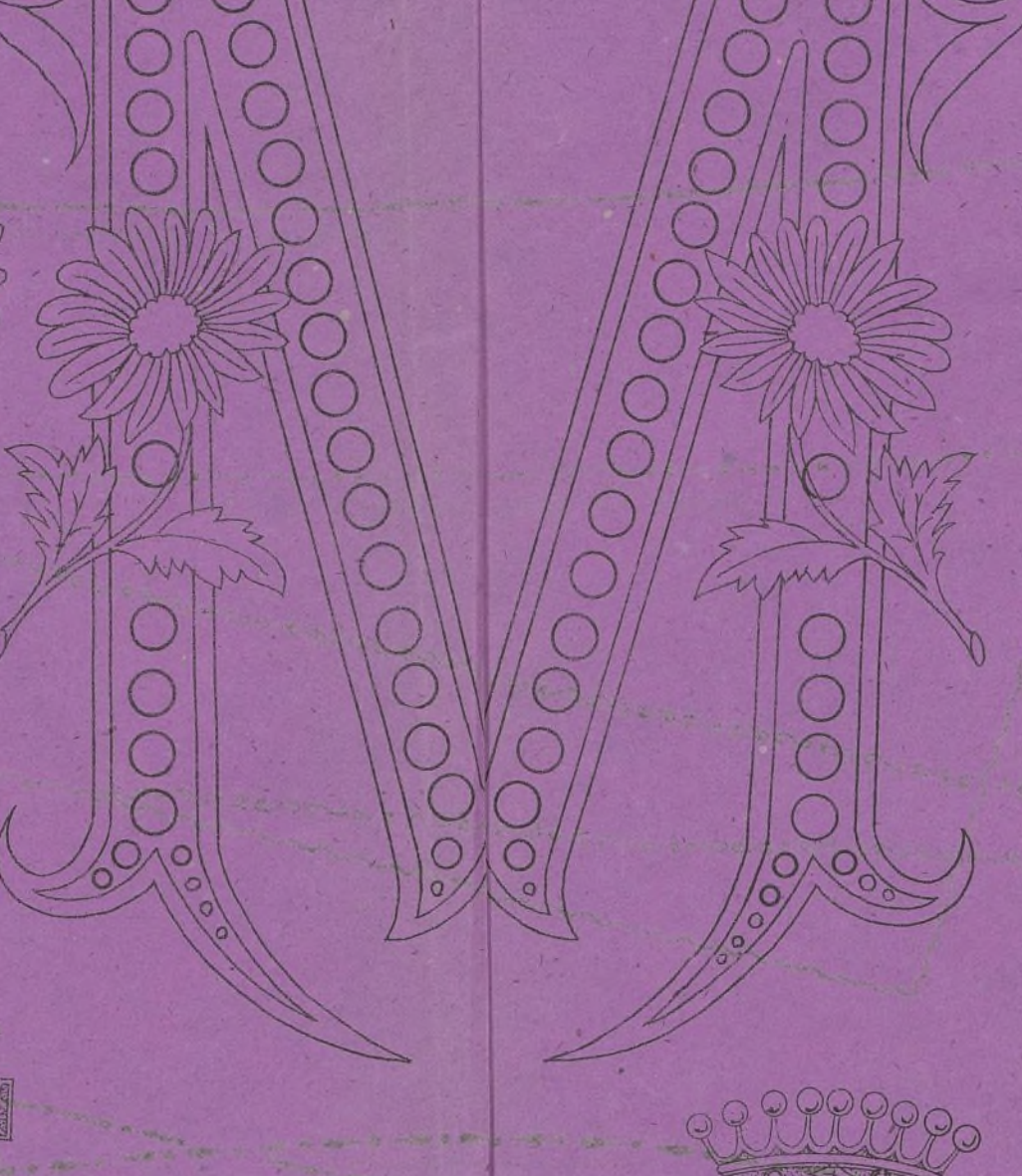
REVES

DERECHO

REVES

DERECHO

REVES





TRAJE HECHICERA.

FIG. 12.

Conjunto del traje.

Ayuntamiento de Madrid

